

La aritmética de la supervivencia frente al relato del éxito

08/04/2026



La reciente difusión de los datos del INDEC sobre la distribución del ingreso en la Argentina no hace más que confirmar la profundidad de una fractura social que la retórica oficial parece querer, con escaso éxito, maquillar. Que el 70% de los argentinos perciba ingresos inferiores a los 850.000 pesos mensuales es mucho más que una estadística de coyuntura; es la evidencia física de un país donde el trabajo ha dejado de ser el motor de ascenso social para convertirse en un mero subsidio de la indigencia. Esta realidad choca de frente con el discurso triunfalista de la Casa Rosada, donde se insiste en una supuesta desaceleración de la pobreza, una afirmación que se desintegra cuando se la contrasta con el costo real de la canasta básica que deben afrontar las

familias en cada rincón de nuestro país.

Resulta técnicamente contradictorio sostener que la pobreza decrece mientras la inmensa mayoría de la población ocupada percibe salarios que no alcanzan a cubrir las necesidades más elementales. La brecha entre lo que el Gobierno dice que sucede y lo que el INDEC efectivamente mide en los hogares revela una desconexión alarmante. Si el ingreso mediano de los trabajadores se ubica en los 800.000 pesos, estamos ante una sociedad donde la mitad de su fuerza laboral es, por definición, pobre. La supuesta mejora en los indicadores de pobreza que el oficialismo agita como bandera parece responder más a una ingeniería contable o a la erosión de los parámetros de medición que a una verdadera recuperación del poder adquisitivo de los ciudadanos.

A esta precariedad salarial se le suma una desproporción inmensa en la distribución de la riqueza, una asimetría que se ha vuelto obscena. Mientras el decil más rico de la población concentra una masa de ingresos que multiplica por trece a la del sector más postergado, el modelo económico actual parece profundizar esa concentración en lugar de corregirla. Esta brecha no es solo un número frío en un informe técnico; es la distancia que separa la opulencia de unos pocos de la incertidumbre cotidiana del trabajador informal que ve cómo su esfuerzo mensual se diluye ante una inflación que, aunque se desacelere en los papeles, ya ha aniquilado su capacidad de consumo.

Lo que los datos del INDEC ponen de manifiesto es el fracaso de un contrato social basado en la productividad y el mérito. No hay mérito posible cuando el sistema condena a siete de cada diez personas a vivir en los márgenes de la subsistencia. La distribución de la riqueza en la Argentina ha dejado de ser una cuestión de justicia social para transformarse en un problema de viabilidad sistémica. Mientras el relato oficial persista en negar la evidencia de la exclusión y celebre indicadores macroeconómicos que no llegan al bolsillo de la

gente, la realidad será la de un país que se dice en crecimiento, pero que en los hechos está sumergido en una aritmética de la supervivencia.